

Una mañana fresca y luminosa
Del florecido Mayo,
En que el sol de su luz en cada rayo
Un hilo vibra de color de rosa,
Y el trecho que su luz abarca y ciñe
De este color purísimo se tñe,
En una galería
Que da al jardín de su palacio, y tiene
Para él una escalera, y comunica
Del conde con el gótico aposento,
En un hondo sillón arrellanado,
El buen conde Wifredo
Goza el ambiente puro y perfumado,
Tranquila el alma y el semblante ledo.
Las hojas de los árboles frutales
Orean susurrando los botones
De las flores tempranas,
Señalando el lugar en que mas tarde
Brotarán odoríferas manzanas,
Rojas cerezas y ácidos limones;
Y al manso soplo de la errante brisa
Tomando movimiento
Sobre los tallos las abiertas flores,
Embalsaman el aura, y el aliento
Que Wifredo respira
Se inunda en salúferos olores.
Los nuevos ruiseñores,
Generación de aquella primavera,
Sus alas y sus picos ensayando
Le regalan la vista y el oído,
Tímido vuelo alzando
En derredor del nido,
Y en la garganta armónica probando
El canto no aprendido.
Las leves mariposas,
Sus alas de colores
Estremecen vagando entre las flores;
Y las pardas abejas codiciosas,
El néctar de sus cálices libando,
Vuélan en torno de ellas susurrando.
Mil insectos distintos,
Mil diversos reptiles,
Conforme cada cual á sus instintos,
Llenan auras y céspedes á miles:
Y el agua que se escapa
Del estanque horadado
En transparentes hilos
Y en gotas cristalinas,
Los piés fecunda de frondosos tilos,
Lilas blancas y rosas purpurinas
Que orlando los linderos
De los anchos senderos,
Y en cauces desiguales
Con las fuentes vecinas
Van á mezclar sus líquidos cristales.
Y á esta del mundo incógnita armonía
Y vida universal y movimiento,
El conde en el sillón en que yacía
Allá en su puro corazón sentía
Nueva vida bullir y nuevo aliento.
Y en dulces esperanzas divertido,
Del porvenir oscuro en las regiones,
Tenía el pensamiento entretenido

En pos de mil quiméricas visiones;
E iba de ellas en pos tan abstraído,
Que ni aun sintió á sus pages,
Que llegando uno á uno
Su servicio á ofrecerle, uno tras otro
En silencio quedaron,
Y á distraerle sin osar ninguno,
Detras de su sillón se colocaron.
Sus miradas tendían,
La dirección buscando
Que las miradas del señor seguían,
Y en las ramas y flores se perdían,
Objeto allí de admiración no hallando.
¡Ah! triste del que necio sus miradas
Por un jardín en primavera estiende,
Y que sea á otros ojos
De admiración objeto no comprende!
En tal instante, el conde, rodeado
De sus callados pages, y tendido
Sobre su ancho sillón: junto á la puerta
Del corredor traído
El monstruo acurrucado
En su jaula entreabierto,
Apareció por el jardín viniendo
A su señor la joven jardinera,
Un ramo hermoso á su señor trayendo
De las primeras flores
Que hizo dar al jardín la primavera.
En casilla apartada,
Y en una punta del jardín alzada,
A aquella jardinera daba el conde
Con su esposo morada.
Rústico el jardinero inteligente
Cultivaba el jardín, eternamente
Asido de la azada,
Del hacha y de la corva podadera,
Dejando á su mujer mas despejada
De los demás negocios encargada.
Ella, pues, aunque pobre y campesina,
Cuando moza soltera,
Dulcificó sus rústicos modales,
Y era lo cortesana
Que pudo ser jamás una villana.
Agradecida á su señor, y atenta
A mantenerse de él siempre en la gracia,
Su obligación tenía en mucha cuenta.
Y los primeros frutos
Y las primeras flores
A su señor venían en tributos,
Ya en primorosos ramos y hacedillos,
Ya en pintados y frescos canastillos;
Y en dulce paz y en íntima armonía
Esta pareja así feliz vivía,
Y á sombra del palacio
Ornaba mas y mas y enriquecía
Del jardín el espacio,
Donde á par de las plantas de cultivo,
Su rubia prole sin afán crecía
En sus dos revoltosos muchachuelos,
De su madre á la par retrato vivo.
De ellos con uno en brazos,
Que apenas meses seis aun no cumplía,
La jardinera al corredor subía,

Tendiendo él sus rosadas manecitas
A las flores del grueso ramillete,
Y ella sonriendo,
"Míralas qué bonitas"
Junto al rostro al ponérselas diciendo.
Contemplábala el conde complacido
Llegar á él con el infante en brazos,
Y el ramo de sus manos admitido,
Tendió sus manos al hermoso niño
Con espresión de cándido cariño.
Mas el alegre infante,
Sin fijar en el conde su mirada,
Tornó atento el semblante
A la fiera en su jaula acurrucada.
Dormía el monstruo al parecer, sumido
En su quietud estúpida,
Y el niño le miraba distraído,
Sin que de la afanosa jardinera
Ni del risueño conde á los halagos,
El parvulillo su atención volviera.
A la tenacidad de esta mirada
En el monstruo clavada,
La suya al par signiéndola tendieron
Cuantos en torno había
A la fiera enjaulada.
Ya el monstruo no dormía:
Como si la mirada del infante
En la suya inflamara oculto fuego,
Sus ojos abrió luego,
Y en los del niño los clavó anhelante,
Permaneciendo inmóviles sus pupilas
Cual si ante el niño se sintiera ciego.
Entre ambos atracción tan misteriosa
Llamando al punto la atención entera
Del conde y de los suyos, en silencio
Aguardaban el fin á que vendría
Esta atracción del niño y de la fiera.
Mas á pocos momentos
De estar el uno sobre el otro fijo
Contemplándose atentos,
"Cuánto el asombro universal sería
Oyendo al niño, mudo todavía,
Que con sonora voz al monstruo dijo:
"Levántate, Guarino: harto te abona
"En el juicio de Dios y tu conciencia
"Tu larga penitencia."
"Vuelve, pues, á tu sé; Dios te perdona."
Y el monstruo, su prisión abandonando,
Y su salvaje estupidez perdiendo,
La antigua humana forma recobrando,
Se arrodilló, á los cielos estendiendo
Los brazos penitentes,
La omnipotencia del Señor mostrando
A la faz de las gentes;
Y asombrados dejando
A cuantos hubo en la ocasión presentes,
La estraña metamorfosis mirando.
Luego á los piés del conde
Postrado humildemente:
"Herid, señor, decia;
La justicia de Dios omnipotente
Quiere sin duda que la culpa mia
Expie á vuestros piés: hollad mi frente."

Y el buen conde, que apenas comprendía
Lo que decir quería,
Respetuosamente
La mano le tendía
Diciendo: "Levantad, que en quien Dios obra
Prodigio semejante,
Cualquiera humillación será de sobra,
De otro mortal delante."
Mas viendo que obstinado
Permanecía ante sus piés de hinojos,
Llanto vertiendo de sus tristes ojos,
Mandó que todo el mundo despejara:
Y cuando todos estuvieron fuera,
Diálogo en soledad y cara á cara
Se entabló entre los dos de esta manera:
.....
Mas lo que dijo al conde el penitente,
Relatará el capítulo siguiente.

CAPITULO VII.

EL CONDE.—GUARINO.

EL CONDE.

Quien quiera que seais, vos en quien tales
Prodigios obra omnipotente Dios,
Alzaos, y este que alcanzar no puedo
Esplicadme.

GUARINO.

Pues bien, oid, señor.

Tenéis una hija hermosa y pura,
Fruto gentil de vuestro casto amor,
Fragante flor que embalsamaba el vaso
De vuestro amante y noble corazón.
Un rayo que en la atmósfera nublada
El infernal espíritu inflamó,
En sus ojos ahogó la luz del día,
Y en nombre del altísimo Hacedor,
Con esperanza de milagro fácil,
Un monje en Monserrate os señaló,
Por cuyas oraciones vuestra hija
Tornó á ver y gozar la luz del sol.
De fundar un suntuoso monasterio
Con piadosa y rectísima intención,
Del ermitaño á cargo, vuestra hija
En la fragosa soledad quedó.
Mas ¡ay! en vano en el siguiente día
Buscála allí vuestro paterno amor,
Ni ella ni el eremita en sitio alguno
Fueron de nadie vistos hasta hoy.

EL CONDE.

¡Mas á qué renovar en mi memoria
El manantial oculto de dolor,
Que las corrientes hasta entonces puras
Del mar de mi existencia envenenó?

GUARINO.

¡Ay de mí! vuestra historia con la mía
Mantiene tan estrecha relación,

Que para hablaros de mí mismo, fuerza
Ha sido que os hablara antes de vos.
Aquel santo eremita que los ojos
De María á la luz á abrir volvió,
Aquel á cuyas fervidas plegarias
Tan singular prodigio obró el Señor,
En lugar de velar por la ovejuela
Que á su cuidado inerte se entregó,
Lobo inhumano se tornó contra ella,
En su sangre bañándose feroz.

EL CONDE.

¡En su sangre!

GUARINO.

Vertida gota á gota
Fué, y el vil asesino he sido yo.

EL CONDE.

¡Miserable de tí! toda la tuya
Saciarse no puede el vengativo ardor
En que la mia oyéndolo se abrasa.

GUARINO.

Tal vez para saciarla quiso Dios
Ponerme en vuestras manos, exigiendo
La venganza de crimen tan atroz.

EL CONDE.

¡Mónstruo! ¿qué fué lo que instigarte pudo
A delito tan vil?

GUARINO.

Oid, señor,
Y antes de dar mi sangre por la suya,
Sabed toda mi horrible confesion:
Y doble la vergüenza de contárosla,
La pena que la culpa mereció.

EL CONDE.

Habla, y abrevia tu relato infando;
Y calma para oírte me dé Dios.

GUARINO.

Vos en la soledad de las montañas
Me dejásteis vuestra hija: pensé yo
Que diez años de duras penitencias
Habrian de mi frágil corazón
Hecho el castillo inexpugnable, y ciego
Confíe de mí mismo en el valor.
La misma santidad de vuestra hija,
Su noble y celestial resolucion,
Y el gran milagro que por mí reciente
Obró Dios, me sedujo y me animó.
Santa, pero mujer, jóven y hermosa,
Debí de encomendarla al Salvador
Que la guardara bien, y huir en ella
La infernal y escondida tentacion;
Mas yo, necio de mí, con falso orgullo,
Con inútil y estúpido fervor,
En la fe y la virtud por mantenerla,
Mi virtud y mi fe Satan hundió.
Permanecí junto á la hermosa niña,
Dando á su fe primero admiracion,
Y despues admirando su hermosura,
Que allí el infierno por mí mal envió.

Mi vista, que en el trecho de diez años
En los cielos no mas, en la oracion,
O en la tierra con llanto penitente
Fervorosa y humilde se fijó,
A contemplar su terrenal belleza
Tornóse con impúdica atencion,
Y el fuego de infernal concupiscencia
Dentro de mis entrañas se inflamó.

EL CONDE.

¡Basta, basta! Comprendo el fin horrible
De esa historia fatal.

GUARINO.

Santo temor,
Soplo espirante de virtud, dos veces
De la inocente hermosa me apartó,
Y otras dos veces me arrastró hácia ella
La astucia del demonio tentador;
Y al vértigo carnal de su apetito
Sucumbiendo mi imbécil corazón,
Víctima de mi torpe desvarío,
Su virginal pureza suumbió.

EL CONDE.

¡Revelacion horrenda!

GUARINO.

Horrenda, pero
Todavía la culpa fué mayor.

EL CONDE.

¿Has hecho mas aún?

GUARINO.

Cometí el crimen,
Y, en cuanto mi maldad le consumó,
Sus consecuencias en tropel bullente
Aglomeró en mi mente la razon,
Y Satanás poniéndose á mi lado,
Me hizo entender y calcular su horror.
Los otros penitentes solitarios
Que habitaban las peñas como yo,
Me trajó á la memoria, y que inocentes
De mi culpa, á ser iban de ella en pos
Solo objetos de escándalo, y del mundo
A cargar con la injusta execucion.
“Vé, me dijo el demonio, mira, infame,
“A dónde tu maldad te despeñó.
“Al acusarte esa mujer, entera
“Traerá la raza humana en derredor
“A maldecir la hipócrita malicia
“Que en tu impúdico pecho fermentó.
“Ese milagro real, que por tus manos
“Piadoso Dios y omnipotente obró,
“A diabólica magia atribuido
“Va con razon á ser. ¡Mira el baldon
“Con que cubres, infame, estos desiertos,
“Santuarios otro tiempo del Señor!
“Esconde de los ojos de los hombres
“Ejemplo de tan vil profanacion,
“Al menos porque en todos no recaiga
“La pena que uno solo mereció:
“O al renegar de sus ministros viles,
“Renegará su santa religion.”

“Cubra al menos tu crimen el misterio,
“Engaña al universo por tu honor;
“No escuses otro crimen, si te salva,
“Y haz penitencia luego por los dos.”
Esto el infierno me inspiraba, y esto
Que yo escuchaba de su falsa voz,
De una falsa vergüenza en mi conciencia
Hizo brotar el humo embriagador.
Un pensamiento atroz, pero seguro,
A mi mente febril se presentó;
Y por sino fatal yendo arrastrado
A ponerlo en sangrienta ejecucion,
Privé de la existencia á la inocente
A quien privé primero del honor.

EL CONDE.

¡Bárbaro!

GUARINO.

Y en las rocas enterrándola,
Huí á Monserrate, cuando el sol
Sumiendo en el Océano sus rayos,
El velo á las tinieblas desplegó.

EL CONDE.

En vano te busqué entre las montañas.
Mas hoy . . .

GUARINO.

Fuí de mí mismo con horror
A la sagrada capital del mundo
Mendigando mi pan; cruzé veloz
Rios y montes, y llegando á Roma,
Del rebaño de Cristo ante el pastor,
Postrado, de mis crímenes nefandos
Hice entera y contrita confesion.
El pontífice santo, del Eterno
En la tierra vicario, mi dolor
Y mi arrepentimiento contemplando,
Con estas condiciones me absolvió.
“Vuelve (me dijo) á Monserrate; pero
“Vuelve á morar en su áspero fragor
“Cual bestia, no cual hombre; dobla al suelo
“Tu frente como bruto; y posicion
“Manteniendo de tal, de cuatro remos
“Sírvele para andar en vez de dos.
“Y en penitente soledad tu vida
“Pasa en el monte en tal degradacion,
“Hasta que un tierno infante de seis meses
“De ello te absuelva en nombre del Señor.”
Yo, obediente al pontífice supremo,
Me volví como bruto á mi mansion
De Monserrate: de velludas lanas
Mi macilento cuerpo se cubrió,
Y destruida en mí la humana forma,
Cual monstruo me trajeron ante vos:
Ante quien el milagro prometido
Para fin de mi pena, se cumplió.—
Ahora, señor, pues aplaqué á los cielos,
Que escarmienten en mí será razon
Los hombres, y en la tierra á su justicia
Aplaque, quien su ley atropelló.

Postró el penitente humilde
Su venerable cabeza
Hasta el suelo, en que sus plantas
El conde ofendido asienta,
Y así en silencio quedaron
Uno en pié y otro por tierra;
Uno al castigo ofreciéndose,
Y otro apreciando la oferta.
Pero al cabo el noble conde,
Pesando allá en su conciencia
La justicia de su causa,
La inmensidad de la pena,
La razon de su venganza
Y la prez de su nobleza,
Rompió el silencio, diciendo
Con voz conmovida y trémula:
“Alzad, Guarín, que no es justo
Que se muestre mas severa
Que la justicia del cielo
La justicia de la tierra.
Mi honra habeis ultrajado
Allí do con mas pureza,
Se anidaba; con mi sangre
Habeis regado las peñas
De Monserrate; mas de ambas
La mancha injuriosa y fea,
Lavado habeis con las lágrimas
De cristiana penitencia.
Yo os perdono como el cielo;
Volveos á las desiertas
Montañas, y vida triste
Pasad penitente en ellas.
Mas quiero una sola cosa
Rogaros, única prueba
Que exijo de vos, Guarino,
Del perdon en recompensa.
Mostradme el oculto sitio
De aquellas fragosas sierras,
En donde yacen los restos
Que de mi María quedan.
Los que de mi estirpe nacen,
Su tumba tienen dispuesta
En mas suntuoso lugar
Que el que sus restos encierra.
—Vuestros criados, señor,
Mandad que conmigo vengan;
En el lugar en que yacen
Tengo cavada una cueva,
Donde cual fiera he vivido
Lamentando mi fiereza.
Sobre el césped que la cubre
Brotó, y entre él se conserva,
De los tiempos respetada,
Una silvestre azucena,
Símbolo de su desdicha
Y pendon de su inocencia,
Por los cielos levantado,
Mantenido en nombre de ella.
—Yo mismo iré allí á llorarla.
—Señor, pues que pronto sea
—Partamos al punto.

—Vamos.

Y antes que una aurora nueva

Vuelva á alumbrar el oriente,
Saldreis con tan santa empresa."

CAPITULO VIII.

LA AZUCENA SILVESTRE.

Cual marinero errante, que perdido
Su soberbio bajel, contra las olas
Lucha, á los restos del bajel asido,
Cercana viendo la ribera ya;
Cual golondrina errante que los mares
Cruza estraviada, y la causada pluma
Agita, conociendo los lugares
Donde á anidar acostumbrada está;

Cual cierva que en la fuerza del estío
Sedienta vaga por el bosque espeso,
Y el agua oyendo del cercano rio,
Hacia él se lanza cuando el agua ve:
Así impaciente el padre de María,
En las alas de una última esperanza,
Partir á Monserrate apetecia
Con paternal y religiosa fé.

"De entre las yermas rocas se levante
Su despojo mortal, y en sitio digno
Salmos la Iglesia á su memoria cante,
Y ore por su alma al compasivo Dios.
Bajo las anchas bóvedas del templo
Sus funerales místicos resuenen,
Y las campanas su recinto atruenen,
Y álcese al cielo mi oracion en pos."

Así decia el piadoso conde
Transido de dolor,
Con tamaños intentos emprendiendo
Su peregrinacion.

Y del florido Abril una mañana
Al despuntar el sol,
Con Guarino y escasa comitiva,
De la ciudad salió.

Unos pocos ginetes enlutados
Seguíanle en monton,
Y unos cuantos obreros que la tierra
A cavar destinó.

Un monge, que al hallar el cuerpo, su alma
Encomendara á Dios,
Iba al par en silencio en medio de ellos,
Envuelto en su ropón.

La multitud, encima de los muros,
En silencio á mirarlos se agolpó,
Rogando ansiosos por el triste padre
Y por su hija al Señor.

Así de Monserrate enderezaron
Al áspero fragor,
Y en la distancia del camino largo,
La triste comitiva se sumió.

Un punto aún desde sus altos muros,
Como leve vapor,
El polvo de sus piés se percibia,
Pero tambien al fin se disipó.

A Monserrate van. ¿Pero quién sabe
Lo que les guarda en su honda soledad
El que posee del corazon la llave,
El que puede medir la eternidad?
Sí, Dios es Dios; y Dios tan solo puede
Romper el velo á la futura edad;
Solo á sus ojos el destino cede;
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

Rayaba en el Oriente
La claridad temprana
Del alba trasparente
De la fresca mañana
Del dia á aquel siguiente,
Cuando el conde á las faldas de las rocas
De Monserrat llegaba con su gente.
El penitente Juan sus pasos guia,
Humillado al recuerdo vergonzoso
Del delito que allí cometió un dia,
Y como iban subiendo,
Al conde el monge se acercó diciendo:
"Señor, desde este cerro que testigo
Fué en dia mas dichoso
De la piedad de Dios para conmigo,
De mi crimen despues y mi castigo,
Solo ambos quisiera
Que subiendo siguiéramos,
Y solos cabo á nuestra empresa diéramos.
Entre estas cavidades,
Penitente primero y luego fiero,
Escándalo de aquestas soledades,
Largos años viví, y la edad futura
Pluguérame que nunca conociera
El sitio de mi horrenda desventura.
Resto de orgullo humano,
Que el mortal corazon mísero encierra
Sea tal vez; mas me dará tormento
Saber que se hace público en la tierra
Mi culpa, mi castigo y mi aislamiento.
Temo la tentacion del diablo astuto,
Y sé por experiencia
El trecho que marcó la omnipotencia
Del racional al bruto."
Wifredo, su caballo deteniendo,
Y al monge con respeto contemplando,
Así le dijo con acento blando:
"Sea como queráis; vos que ante el tronco
De Dios sois perdonado,
No habeis de ser por mí mas castigado,
Ni pasará de aquí con vos, mi encono.

Secreto es vuestra historia
Que de mi labio no saldrá, escondida
Viviendo eternamente en mi memoria,
Diré que el cielo, de mi triste vida
Tal vez compadecido,
A mí os ha conducido
Para templar del alma la amargura,
El lugar escondido
Mostrándome en que está su sepultura;
Pues si por vuestro crimen inaudito
Debiérais ser de mi venganza objeto,
Por la mano de Dios estais bendito,
Y lo sois para mí de honra y respeto.
Guiad, y solos vamos,
Solos su sepultura cavaremos,
Y si algo de sus restos encontramos,
Hasta aquí á conducirlos bastaremos."
Y así diciendo el conde, y al instante
Mandando detener allí la jente,
Solo siguió adelante
En pos del milagroso penitente,
Y ambos entre las breñas se metieron,
Y á los ojos de todos se perdieron.
Serenó estaba el dia;
El sol, que por los cielos avanzaba,
Con purpurada luz resplandecia,
Y la tierra en sus luces se bañaba,
Y todo por la tierra sonreia.
El tomillo oloroso,
La madre selva espesa,
La ancha amapola, en su capullo aun presa,
El silvestre jacinto,
Que á la margen sonora
Crece del arroyuelo,
Y en su fresco color apenas tinto;
El áspero majuelo,
La todavía verde zarzamora,
Y el enredado endrino,
Compañero del boj y del espino,
El retorcido enebro y la retama
Que en medio crecen de la amarga grama,
Aromaban los valles silenciosos,
Y prestaban colores y verdura
A los lomos fragosos
De aquellos montes, cuyas hondas grietas
En las piedras escuetas
Labra el agua que cae desde la altura.
La tierra, por do quier juvenecida,
Por el sol fecundada,
De nueva y creadora primavera
Se tornaba á mostrar con nueva vida
Y con nuevo vigor robustecida,
Con verdura mayor engalanada.
Nueva generacion de mariposas
Y de varios insectos zumbadores
Ensayaban su vuelo en las hojosas,
Matas espesas de silvestres flores,
Los blancos conejuelos,
Los alegres y libres cervatillos,
De su fuerza primera
Iban ya haciendo alarde en la carrera;
Triscando entre las zarzas y majuelos,
Despuntando la grama y los tomillos,

Y horadando las faldas arenosas
De los secos y blandos montecillos,
Al instinto cediendo que se encierra
En su naturaleza monterina,
De socavar la tierra.
En la enramada verde
Que, á una fuente vecina
Que entre las peñas al brotar se pierde,
Toma jugo en la linfa cristalina,
La nueva cria de ligeras aves
Silba, gorgoea y trina;
Y el ronco cuervo, que con vuelo lento
Se cierne mansamente sobre el viento,
Grazna con notas ásperas y graves,
La estacion de las flores
Presintiendo contento.
Naturaleza entera,
Brillante resplandece,
Ufana por do quiera
Anunciando la hermosa primavera;
Y, todo en ella juventud y vida,
Todo en ella armonia, luz y aroma,
Solo al placer convida.
Y desde la ancha, y verde, y fresca loma
Donde está detenida
La comitiva de Wifredo entera,
Por la vega estendida
Y escarpada montaña,
Goza la perspectiva placentera
Que desde allí se alcanza embebecida.
En tanto su señor va lentamente
Por las peñas trepando
Detras del silencioso penitente,
Que por la soledad le va guiando,
El sitio en que pecó, triste buscando.
La luz y la alegría
De la naturaleza,
De ambos se aviene mal con la tristeza,
Y la razon que allí les conducia;
Y sumido en sus propios pensamientos,
Marchaba cada cual á pasos lentos.
Sube el monge, la diestra asegurada
En nudoso baston con que se ayuda,
Y cruza el conde la hojarasca ruda,
Báculo haciendo de su larga espada.
Así, por senda que tortuosa lleva
De un aislado peñasco hasta la cima,
Llegaron al lugar en que su cueva
Labró Guarino, y cuyo centro estima
En mas que los palacios colosales
Que labraron del mundo los señores,
Y que vienen á ser tan solamente
Los nichos y las cifras sepulcrales
Que sus nombres mortales
Guardan un dia mas entre la gente.
Entre los huecos cascos
De los hendidos lomos
De dos duros peñascos
Que las lluvias hendieron,
De intencion de mirarlos con asomos,
Una grieta se abria,
Que á caverna de fieras parecia.
Un pico del peñon, algo avanzado

Sobre su ancha abertura,
Del viento y de la lluvia resguardado
Un trozo de terreno mantenía,
Que de tupido césped alfombrado,
De la gruta á la entrada se veía.
Y de la estéril roca
Por estrecha hendidura
Bajaba de la cueva hasta la boca
Un rico manantial de agua tan pura,
Que á traves de sus líquidos cristales,
De la piedra en que cauce se formaba,
Se contaban las vetas transversales,
Que el paso de la linfa había ido
Puliendo en su caída, de manera
Que en vez de piedra tosca, se dijera
Que en la concha mejor se había bruñido.
La sonora corriente
De esta escondida fuente,
Hallando entre los céspedes descanso,
En el llano terreno
Que estaba de ellos lleno,
Formó entre aquellas yerbas un remanso:
Y entre ellas á su curso abriendo calle,
Dejando aquel lugar verde y fecundo,
Iba á perderse en la mitad de un valle,
De los montes formado en el profundo.
De este remanso el centro
Formaba un montecillo
Por el agua cercado,
Seco, verde y aislado,
Por aquel manantial fecundizado,
Que, de las altas rocas guarnecido,
Cubierto por el pico adelantado
Sobre la cueva oscura,
Por la fuente regado,
Y en la pendiente rauda concluido,
Era un bello paisaje en miniatura.
Y de aquel montecillo en el altura,
Cubierta de verdura
Fresca, olorosa, amena,
Brotaba una purísima azucena,
La cual, aunque era flor sola y silvestre,
Mas que en jardín cuidado
Brillaba hermosa en su rincón campestre,
Que estaba con su aroma perfumado.
Sus blancas hojas á la luz tendidas,
Su simiente encerrada en los martillos
Que de su centro se alzan amarillos,
Su tallo verde, fresco, alto, flexible,
Mecido por el aura, que perdida
A aquel rincón llegaba imperceptible,
Dándola oculto movimiento y vida,
Hacían de la cándida azucena
Un animado sér, solo habitante,
Solo genio y señor de aquella escena.
Al llegar de la gruta ante la boca,
En que aquella hendidura
Escondida en la roca
Guardaba de este sitio la hermosura,
Y de la entrada de la cueva toca,
Postróse de rodillas Juan Guarino;
Y absorto el noble conde,
Viendo el primor que esconde

Aquel sitio desierto y campesino,
Se detuvo un momento
Embebido en gozar el suave aroma
De la flor de aquel grato apartamiento.
"Hé aquí (esclamó Guarino, derramando
Lágrimas) el lugar en que escondido
Mi delito lloré, sobre la tierra
Do fué mi doble crimen cometido.
Hé aquí, señor, la tumba en que reposa
La hija de que os privé: bajo la altura
De ese monton de tierra y de verdura,
Duermen los restos de la más hermosa
E inocente criatura:
Y esa blanca azucena,
Tal vez del jugo de su sangre pura
El jugo bebe que su cáliz llena.
Cuando en fiera tornado, á esta montaña
Me volví desde Roma peregrino
A cumplir penitente mi destino,
Había aquí brotado
El manantial bullente y cristalino
Que tenía cercado
El lugar á su tumba señalado.
La azucena sobre él ya abierta estaba
Y cual lugar sagrado
Que el señor me vedaba,
Por mí en mi penitencia respetado
Fué, y con mi llanto de dolor regado.
Yo he visto en esa flor siempre inmarchita,
Una futura prenda de esperanza
Por el cielo bendita:
Y en esa flor á quien jamas alcanza
El fin que á todas dió naturaleza,
De la muger á mi maldad rendida,
El simbolo miré de la pureza,
Atropellada sí mas no perdida.
Unico amor del triste solitario,
Su única compañía en el desierto,
Unica luz del tenebroso osario
Del mundo, para el cual vivía muerto,
Unico paso á mi esperanza abierto.
Mi corazón en ella ha consentido
Cuanta fé y cuanto amor ha conservado,
Unica prenda que me liga al mundo,
Solo recuerdo de la edad pasada,
Tras del amor á Dios es el segundo,
En mi alma, con mis lágrimas lavada
El amor á esa flor immaculada.
Yo creo ver en ella
Vivir á la hija que llorais: yo creo
Que su alma pura y bella
Vive dentro del caliz conservada;
Y entre sus hojas su semblante veo;
Y oigo sonar su voz cuando se mece
Entre sus blancas hojas;
Y si el tiempo á mis ojos la agostara,
Tanto cuanto lloré por el pecado
Que dentro de esa tumba le encerrara,
Sobre el tallo truncado
De esa azucena mística llorara."
Y así diciendo, el infeliz Guarino,
Por tierra prosternado,
De aquel último bien se despedía

Tanto tiempo por él idolatrado,
La sepultura en que raíz tenía,
A destruir él mismo preparado,
Y el conde, embebecido
En lo que al lábio de Guarino oía,
En pié junto á él seguía,
Inmóvil, silencioso y distraído.

Wifredo de repente,
De esta meditacion saliendo, dijo
Con decidida voz al penitente:
"No perdamos, hermano,
El tiempo neojamiento;
Esa tumba cavemos,
Y apartemos de aquí su resto humano."
Y obediente Guarino,
Resignado con calma á su destino,
Con la azada en la mano
Resuelto se llegó á la verde altura
Do la hermosa azucena
Marcaba la campestre sepultura:
Y Wifredo á su vez, la aguda pena
Del corazón paterno
Desahogando en dos lágrimas espesas,
Gotas que lanza al manantial interno
Que inextinguible en sus entrañas mana,
De otro azador asiendo, se dispuso
Lo que resta á buscar de lo que un día
Fué de sus ojos luz, fué su María,
Con el secreto intento
De que aquella azucena perfumada
Quedara, á ser posible, respetada,
En el lugar en donde tiene asiento,
Por el opuesto lado comenzaron
Del fúnebre monton do está arraigada;
Mas apenas hundieron
En tierra el azadon, de ver echaron
Que el verde montecillo que creyeron
Tierra compacta y dura,
Blanda y recientemente removida
Estaba, y seca, y leve mantenida
Entre el agua, y debajo la verdura
Que la tienen cubierta y circuida:
Y cuanto con mas tiento la tocaban,
Mas fácilmente por entrambos lados
Sus golpes á la par desmoronaban
La tierra, y los arbustos que arraigados
En ella vejetaban.
Lejos de sí los instrumentos rudos
Arrojaron, y á impulso de un instinto
Igual, hundieron en la blanda tierra,
Y á apartarla empezaron cuidadosos
Con sus dedos desnudos.
Pronto dieron sus manos
Con un oculto objeto
De la tierra distinto:
Mas, suave al tacto, con calor, con vida,
No era el objeto oculto el esqueleto
De enterrada muger, á quien los años
Y la tierra tendrían consumida.
El secreto terror y afán interno

Heló la voz en su garganta, y ambos,
Apartando en silencio el polvo leve,
Descubrieron, y entrambos asombrados,
Dos piés, que como el ampo de la nieve
Mantenía la tierra conservados.
Un lijero color rosado y puro,
Bajo su piel se percibía apenas,
Y á través de la piel el trazo oscuro
Se via de sus venas,
Cual si la vida aún de sangre líquida
Las mantuviera llenas.
De aquellos piés purísimos la planta
Verticalmente inmóvil,
Que siempre en los cadáveres espanta,
Lejos de dar horror, á la mirada
Solamente esponia
La perfeccion, pureza y hermosura
De una obra de escultura
Diestramente pulida y acabada.
El grato anhelo, la interior zozobra
Que ambos á dos sintieron,
Seguir les hizo la empezada obra;
Y apartando los céspedes y tierra,
En silencio siguieron
Hasta que el tronco entero descubrieron,
Que envuelto en sus vestidos
Apenas por el agua humedecidos,
Y apenas arrugados
Por la tierra en que estaban enterrados,
Envolvían el cuerpo de María,
Que dormida y no muerta parecia.
Escondida no mas de su belleza
Quedaba la bellísima cabeza
Y la garganta blanca,
Donde una herida fresca se descubre,
Desde la cual arranca
La raíz de la cándida azucena,
Que sobre el sitio en que descansa brota:
Y que fuerza será cuando el semblante
Descubran, que la flor se arranque rota.
Comprendiéndolo al par ambos, á un tiempo
Las manos detuvieron,
Y arrasados en lágrimas los ojos,
Ante aquellos para ambos
Sagrados y bellísimos despojos,
Gran trecho sin acción se mantuvieron.
Mas el conde por fin, de irresistible
Voluntad impelido,
Con un postrer esfuerzo despejando
El rostro aún escondido
De su María hermosa,
Vió de la vírgen la figura entera,
Cuyo lábio animaba
Dulcísima sonrisa placentera:
Cuya tez inmarchita coloraba
Animado color de nieve y rosa,
Y en cuyos ténues párpados cerrados,
Transparente se via
La pura luz que á su traves lucia
En sus ojos aun iluminados,
Con la lumbré vital que dentro ardia.
Mas en tanto la flor fragante y pura
Que sobre ella crecía,

Y de la muerta virgen en el cuello
 Sus raíces así,
 Por el suelo truncada
 Por entre el césped húmedo yacía,
 Roto su tallo, pero no manchada.
 Tendió el conde sus manos
 A la prenda de su alina idolatrada,
 Y á la caída flor el penitente,
 Cuando esta de repente,
 Por invisible mano arrebatada,
 Se perdió en el azul del manso ambiente,
 Y la pura region del vago viento
 Armonizó una música divina
 Que venia del alto firmamento,
 Detras brotando de su azul cortina.
 El celestial compás de aquella santa
 Misteriosa armonía, llamó al cielo
 La atencion de Wifredo y de Guarino;
 Y al ver el cuadro mágico y divino
 Que les mostró su descorrido velo,
 Se borró de María en la garganta
 La señal de su herida;
 Y á ver la aparicion en luz radiante
 Que en medio de los aires suspendida,
 De su vista mortal está delante
 Tornó á su corazon la dulce vida.

Por el sol coronada,
 De las estrellas fúlgidas vestida,
 De la luna calzada,
 Y de ángeles en hombros conducida,
 La Madre del Cordero immaculada
 Sonreía á los tres, que arrodillados
 Y absortos contemplaban

La divina vision embelesados.
 La Purísima Madre del Dios niño,
 En sus manos, mas blancas que el armiño
 La azucena silvestre mantenía,
 Y con celeste acento
 Que empapó la montaña en armonía
 De son mas apacible, grato y lento
 Que el murmullo del bosque, el mar y el viento
 Con sonrisa hechicera
 Dijo, vuelta á los tres, de esta manera:
 "Donde no hay voluntad, tampoco crimen;
 "Ilesa, pues, la virginal pureza
 "María conservó, y en la aspereza
 "De los montes, siete años penitentes
 "De otro castigo al matador redimen
 "En los juicios de Dios omnipotentes.
 "En medio de estas peñas se levante
 "Sombrio monasterio,
 "Que del Señor las maravillas cante:
 "Otra vez á arraigar esa azucena,
 "Vuelva en las rocas, de perfume llena,
 "Prenda y señal de celestial misterio:
 "Y cuando en el sepulcro preparado
 "Vuestro despojo corporal se suma,
 "Sobre el sepulcro de los tres cerrado,
 "La azucena silvestre se consuma."

Espiró de la Virgen el acento,
 Y cesando la célica armonía,
 La mística vision deshizo el viento,
 Volvió á brotar la flor, y á un tiempo ante ella
 Cayeron bendiciendo su destino,
 El noble conde, la feliz doncella,
 Y el santo penitente Juan Guarino.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO EN COLABORACION

DE

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

INTRODUCCION.

Mas allá de Villodrigo
 Y mas acá de Celada,
 Yendo de Madrid á Burgos,
 Desde el camino se alcanza
 Una legua tierra adentro
 Cierta iglesia solitaria
 Sobre un cerro, y que parece
 Pobre ermita abandonada.
 Mas no es así: pues del cerro
 En la contrapuesta falda,
 Y entre otros muchos cerrillos
 Que el terreno desigualan,
 Hay tendido un pueblecito
 Que se esconde á las miradas,
 Mas cuyo fecundo seno
 Tesoros avaro guarda.
 Su nombre es harto poético,
 Aunque no está en ningun mapa
 Ni se lee en ninguna historia:
 Villaldemiro le llaman.
 Anchos arroyos le cruzan,
 Con cuyas parleras aguas
 Reverdecen las laderas
 Sus montañuelas enanas;
 Y á la salida del pueblo
 Entre la espesa enramada,
 De un bosquecillo de sauces
 Que en los arroyos se bañan,
 Y de algunos cientos de olmos
 Que sobre ellos se levantan,
 Yacen de un viejo palacio

Las enmohecidas tapias.
 Palacio fué: en los dinteles
 De sus roídas portadas
 Conserva, aunque ya borrados,
 Sus nobles escudos de armas:
 Y en los severos contornos
 De su destruida fábrica,
 Se ve la forma que Herrera
 A sus edificios daba.
 Las cuatro cuadradas torres
 Ya de sus ángulos faltan,
 Y tejas cubren los techos
 Que cubrieron las pizarras.
 Rotas maderas ocupan
 Los huecos de las ventanas,
 Que ocuparon algun dia
 Bellas vidrieras pintadas.
 Tras ella cuelgan sus telas
 Las cazadoras arañas,
 Donde sin duda otro tiempo
 Ricos tapices colgaban.
 Hoy sirven los aposentos
 De graneros: sus labradas
 Techumbres son el asilo
 De las golondrinas: lavan
 Sus ropas en el estanque
 De su parque las zagalas;
 Y en las yerbas, que á las flores
 Que dió algun dia reemplazan,
 Se apacentan las ovejas
 Y los pastores descansan.
 En vez de amantes endechas
 Cantadas al son de un arpa,
 Se oyen al de un camarillo
 Las campesinas tonadas.